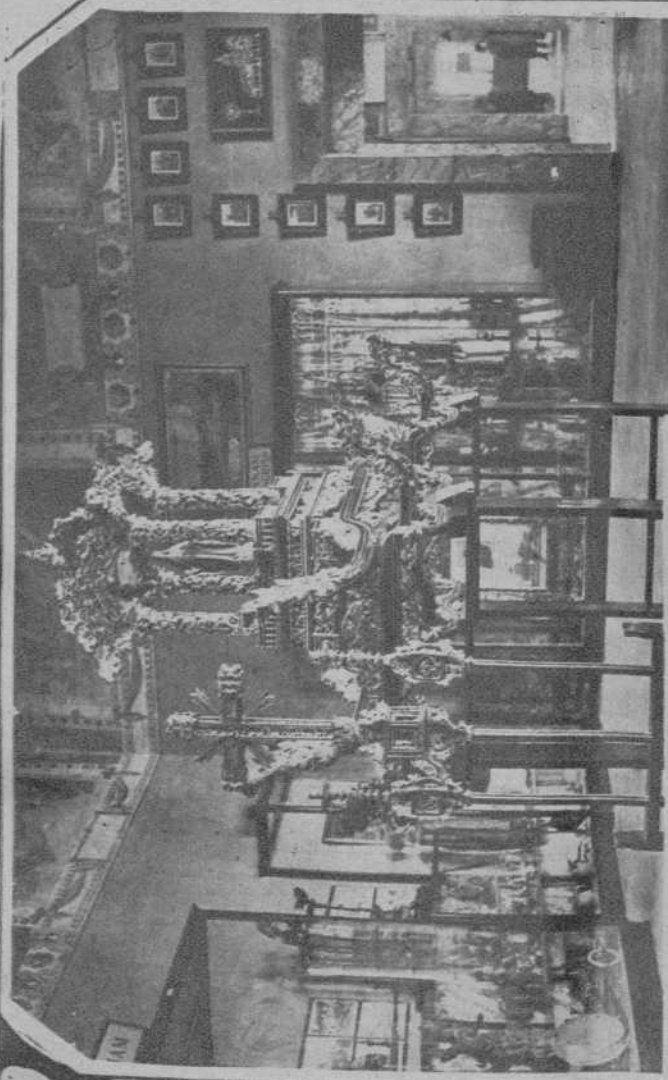
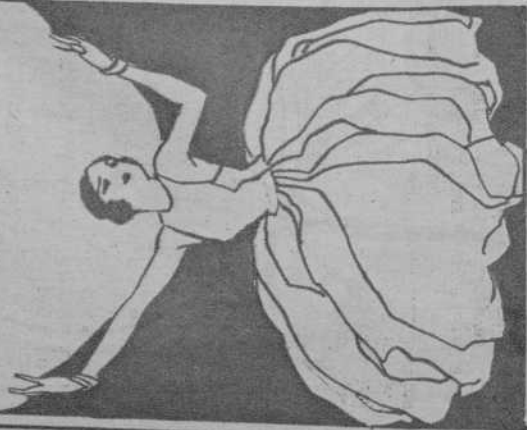


EL PALACIO LATERANENSE DE ROMA, CONVERTIDO EN MUSEO DE LAS MISIONES RELIGIOSAS



Una de las instalaciones del nuevo museo, en que se reúnen obras de arte y testimonios del heroísmo y de la caridad de los misioneros.

Un mapa de las misiones de África en otra sala llena de documentos gráficos y de objetos traídos por los misioneros. (Fot. Perry Pastorel).



Otra sala del palacio, convertido en museo de las Misiones.



PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

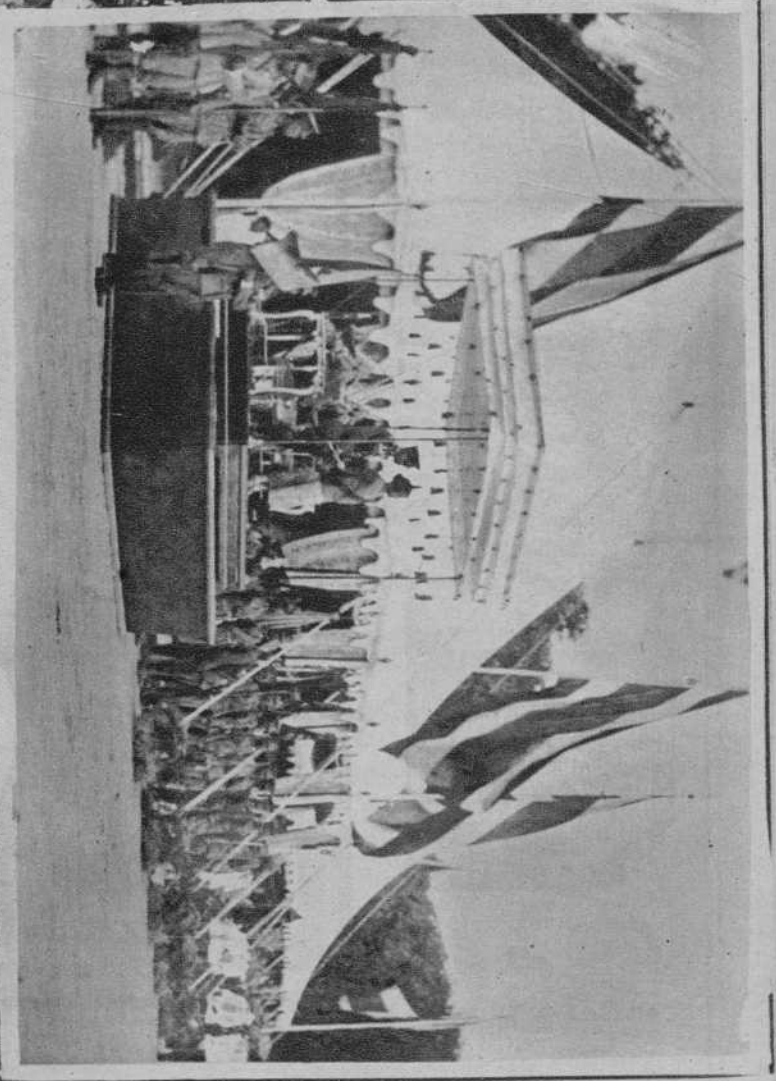
NUM
90

ENERO
1
1928

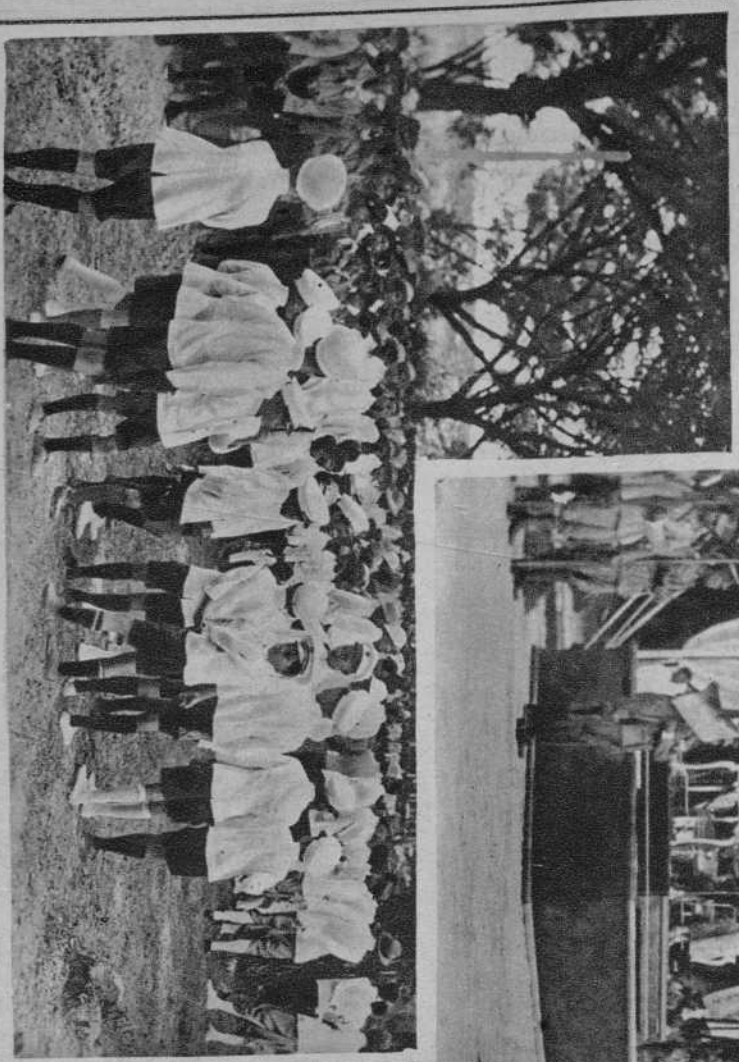


VELAZQUEZ
Retrato de Sebastián Morra, cuadro existente en el Museo del Prado.

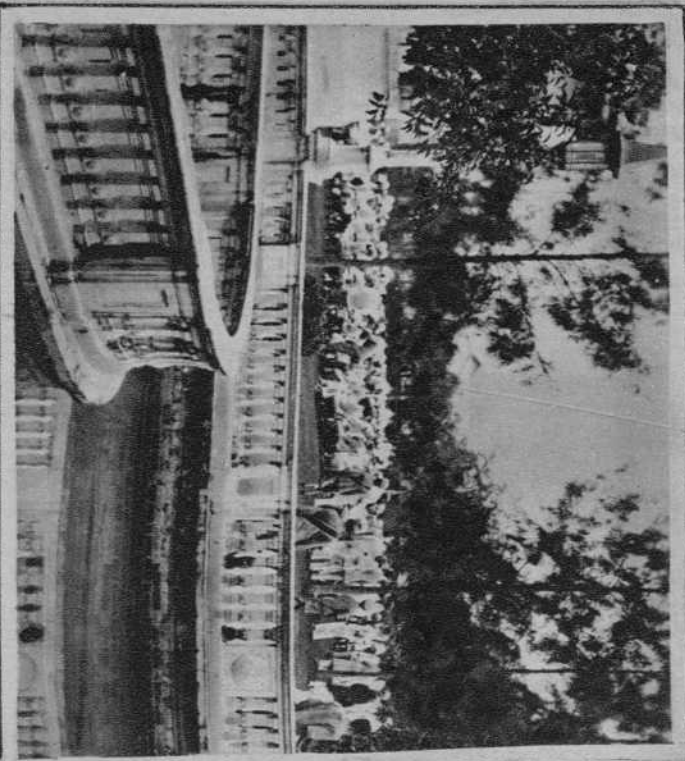
VISIONES DE SIAM



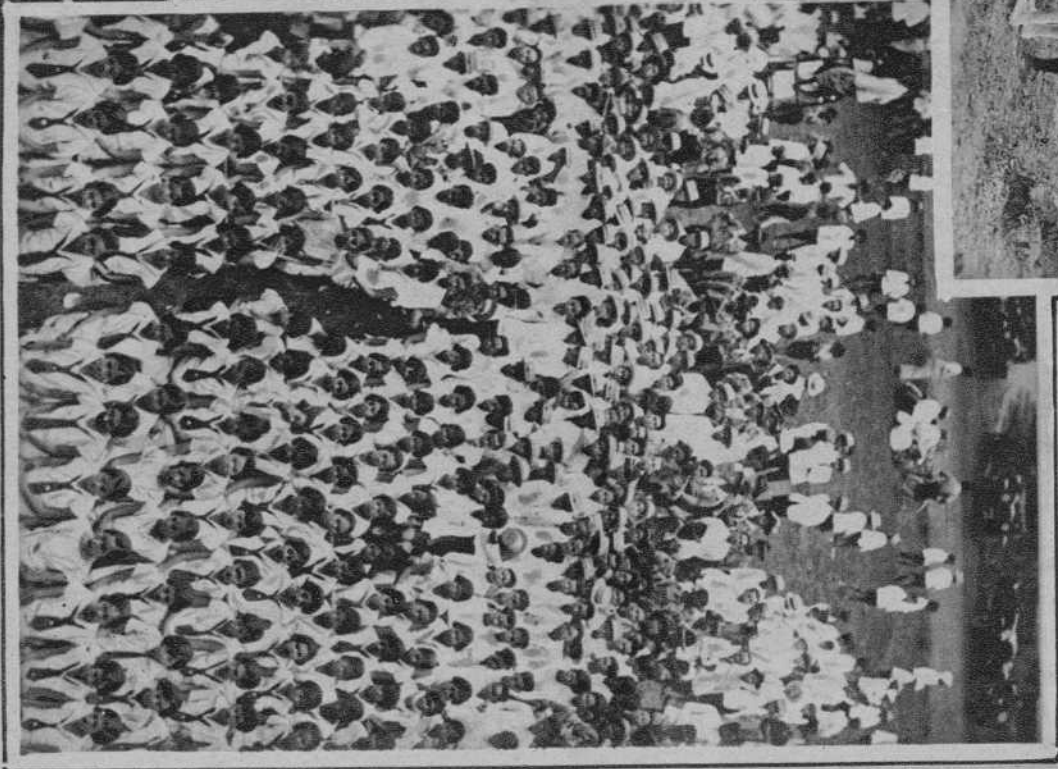
El Rey Prajadhipok y la Reina Sowabha presen-
ciando un desfile de tropas.
(Fotos Sharp).



Estudiantes, boy-scouts y cadetes durante una parada celebrada en Bangkok.



Una egarden-partiya en el parque de Phya-Thai.



El auditorio de una conferencia dada por el poeta hindú, Tagore, en los jardines de la Universidad.

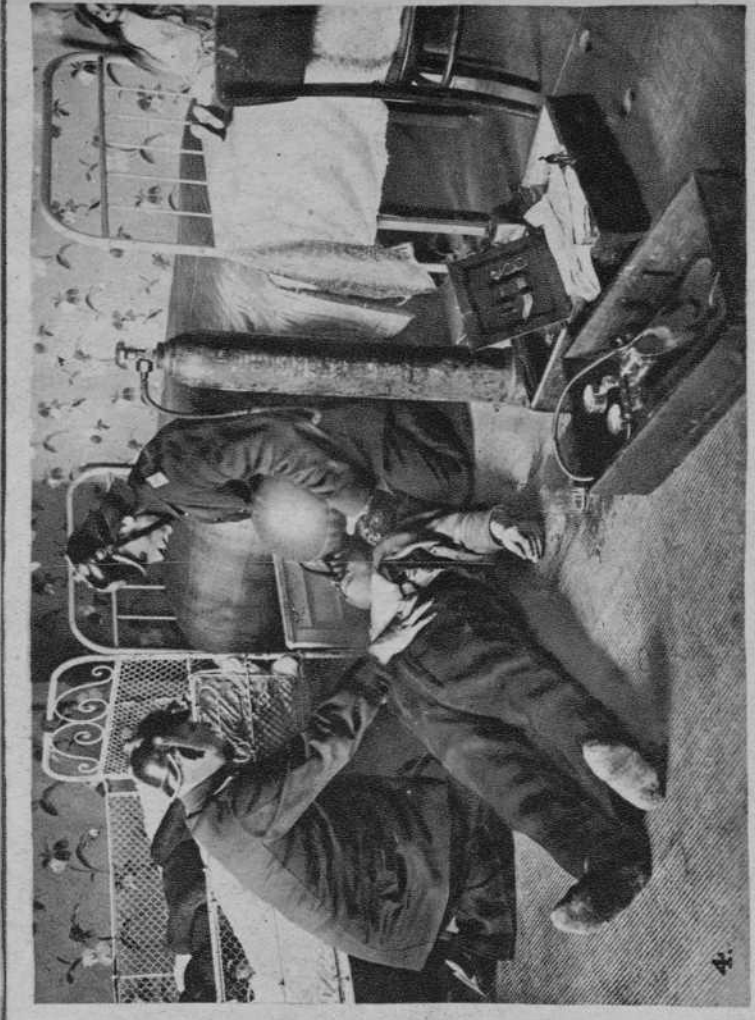
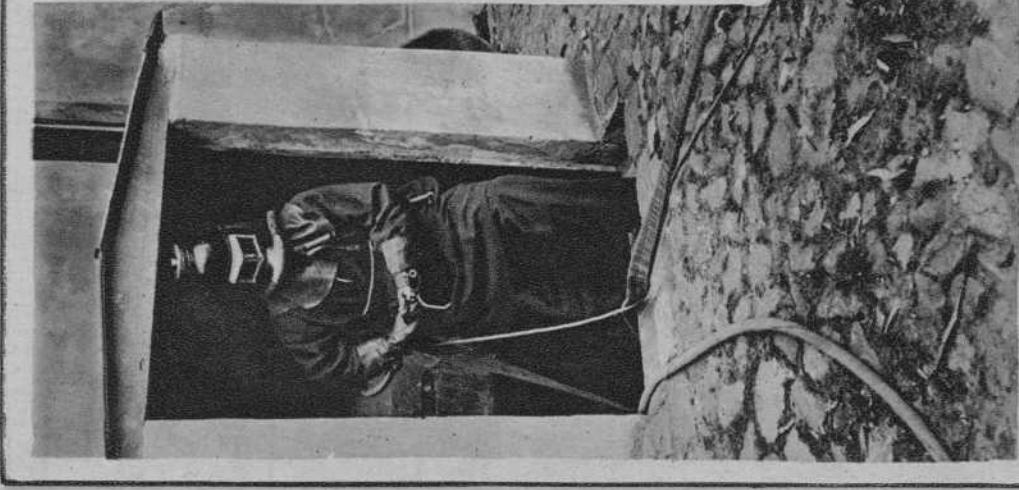
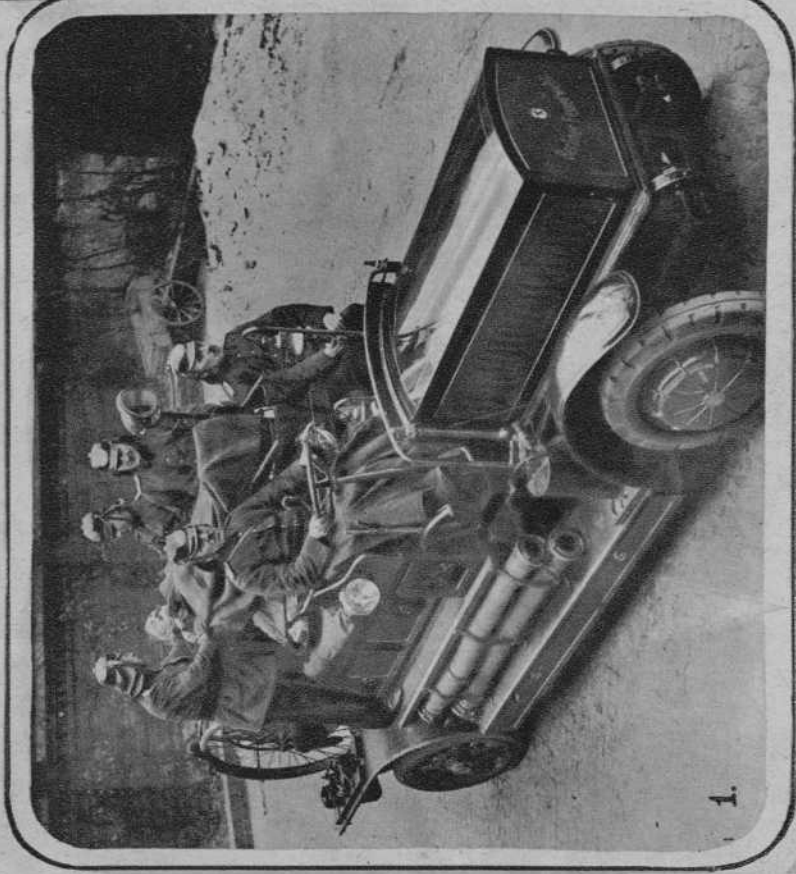
EL
"BALTIMORE"
ES LA NUEVA DANZA
QUE ASPIRA A LA SUCESION
DEL CHARLESTON
Y DEL
BLACK-BOTTOM

Berly Everts, campeón mun-
dial de charleston, y Barrie
Oliver, un paso del baltimo-
ron, denominado «the eudeo».

Berly Everts y Barrie Oliver, inven-
tores del «baltimore», ejecutando el
paso del mismo que se titula
«the eudeo».

«The balti-cross», otro paso del nue-
vo baile «baltimore». (F. Keystone)

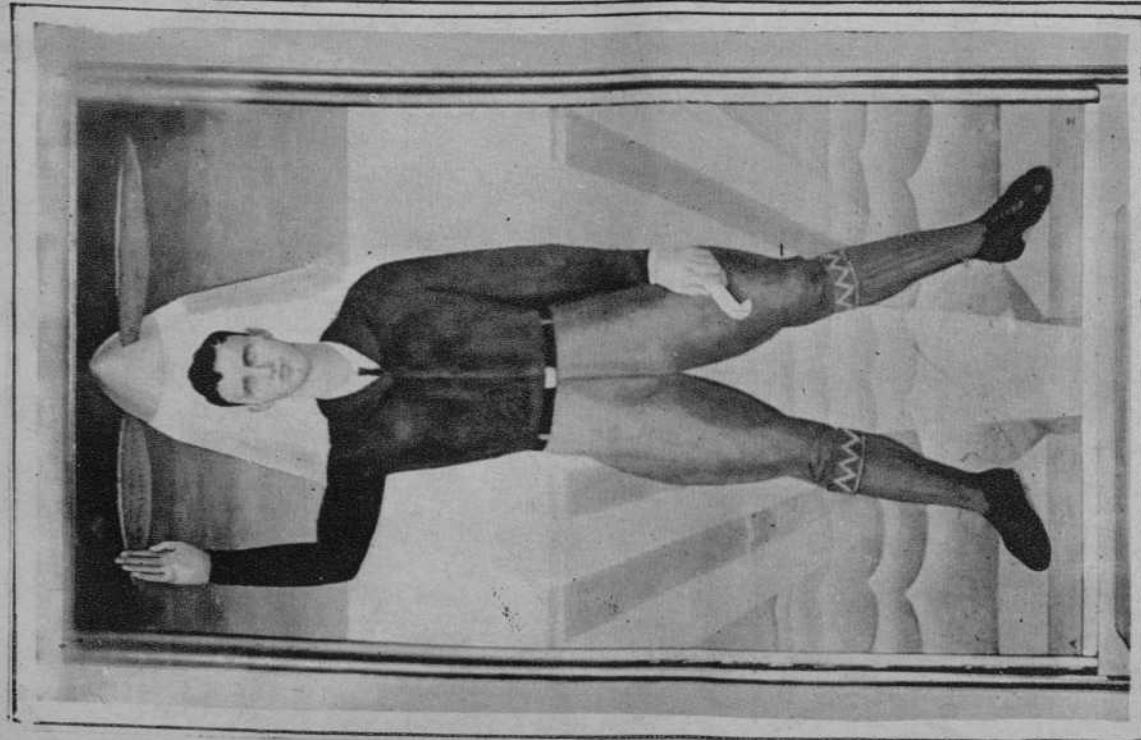
El servicio de extinción de incendios en Berlín



EL SERVICIO DE EXTINCIÓN DE INCENDIOS EN BERLÍN
 1: El transporte de un siniestrado en el automóvil, que cuenta con una tripulación femenina.—2: Dos bomberos con el tornavoz y el tubo de respiración, que les comunica con su compañero previsto de la escatandra.—3: Un bombero previsto de la nueva escatandra, que le resguarda del fuego y de la asfixia.—4: Socorriendo a un asfixiado.

(Fotos Sherl).

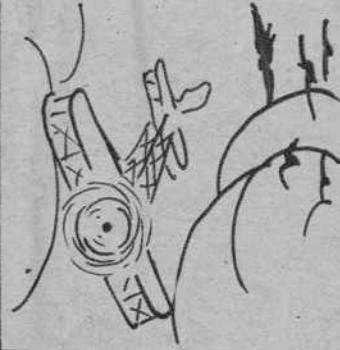
EL PINTOR MEJICANO ZARRAGA Y SUS OBRAS



Lindbergh, otra pintura mural de la legación de Méjico. (Fot. Cossentino).



El ministro de Méjico y el pintor Zarraga en el salón de honor de la legación, decorada con pinturas de éste.



Una evocación de Nungesser y Goli, pintura mural de Zarraga en la legación mejicana de París.





El mercado de Bambara.

TIPOS Y COSTUMBRES DE LA EX COLONIA ALEMANA DEL ESTE AFRICANO.



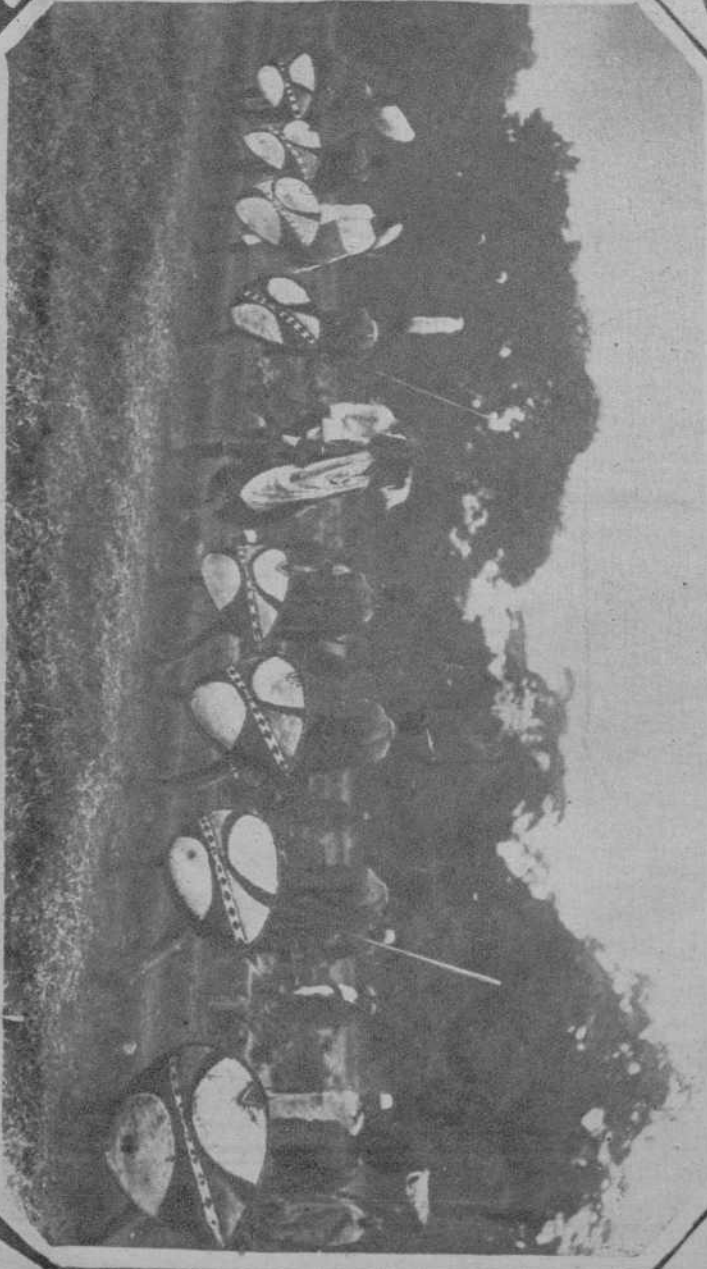
Una pareja junto a un aparador de collares y brazaletes.
(Fots. Sher)



La tribu formada en hilera durante una ceremonia religiosa.



Muchachas indígenas pintarrajadas y adornadas con plumas



Guerreros de la tribu Massai ejecutando una danza belica.



Grupo de muchachas Massai en traje de fiesta.

PAPELES VIEJOS

El Archivo del Colegio Notarial

II

Recogimos en el artículo anterior, diversos datos que obran en los protocolos que el Colegio Notarial de Barcelona guarda con el mayor cariño en su archivo, y que no eran en realidad sino una pequeña muestra de la interesante materia que bajo el punto de vista, no ya jurídico, sino de mera curiosidad, se halla diseminada entre los cincuenta y cinco mil tomos de que el Archivo se compone. Prueba de ello es, que el Archivo ha sido visitado, no sólo por hombres de ciencia que han ido allí a investigar acerca de las instrucciones jurídicas que en tantos y variados matices tienen su concreción entre tanta página escrita, sino además por coleccionistas de diversas materias, literatos, artistas, que han sabido hallar entre el párrafo de prosa formulista, datos interesantes, detalles y facetas de la finalidad que perseguían. Olvidada entre las frías páginas de un protocolo fué hallada una carta de puño y letra de San Francisco de Borja, del más subido interés para los coleccionistas de filigranas, es la variadísima gama que de las mismas se halla repleto el archivo, y que hasta el siglo XV, aproximadamente, en que el timbre del Estado, viene a unificar, podríamos decir, la marca del papel empleado en documentos oficiales, adaptan las más caprichosas formas; al trasluz puede observarse, ya la imagen del Padre Santo con la tiara, ya un pájaro, unos anteojos, etc., filigranas todas ellas muy apreciadas por los entendidos en la materia.

De un libro que ostenta la leyenda «Contractus pen Joannem Prats et Cabrer-1771» extractamos toda la ordenación que en el Colegio de Barcelona era seguida para el nombramiento de un Notario en aquella época.

El título del nombrado colegiado otorgado en Buen-Retiro el 3 de Abril de 1762 por Don Carlos por la gracia de Dios. Rey de Castilla, León, Aragón, las dos Sicilias, Jerusén, Granada, Navarra... etc. es referido al noble Sr. Don Francisco Apudiel del Consejo de S. M. (que Dios guede) su oidor en la Real Audiencia de Cataluña. Protector Actual del Colegio; y el interesado en obtenerlo, era necesario que en su petición justificase sus costumbres y limpieza de sangre, manifestándose en el de referencia que sus padres y abuelos «fueron siempre buenos Catholicos, de buena vida, fama y costumbres, limpios de sangre, sin la menor mancha, tizne o borron en su Christianidad, sin haber jamas ejercido oficio vil».

Según a la petición, la información testifical que justificaba aquellos extremos y la fe de práctica en el arte de notaría, que por lo general era rigurosamente exigida, tanto es así, que en el caso que reseñamos manifestaba que lleva ocho años en casa de su padre practicándose y, cumplidos estos trámites, se verificaba el examen secreto «de las tres partes de la Notaría, esto es, Contratos, últimas voluntades y judiciales» tanto teórica como prácticamente, habiéndose reunido, en la ocasión de referencia, en casa del oidor de S. M. sita en la calle de Moncada, los Priores del Colegio, Ramón Altier y Juan Bruguera, bajo la presidencia de aquél y con asistencia de diez y nueve colegiados, para el examen del aspirante, cuyos resultados se conocían por la votación que al mismo seguía, mediante bolas blancas y negras, representando, estas últimas, aprobación.

Según al examen privado otro público, en el domicilio del Decano del Colegio ante los Priores, examinadores y colegas futuros, que también comprendía las tres partes de la Notaría, tanto teórica como prácticamente, terminado el cual, después de la correspondiente votación, el Presidente mandaba entrar al aspirante ya admitido y le decía «que atendida su aprobación le debía mandar y mandaba prestase su juramento» puesto de rodillas el admitido, giraba en su alma a Dios Ntro. Sr. y a sus santos cuatro Evangelios corporalmente tocados sobre una Santa Imagen de Jesucristo Que defendiera la Purísima Concepción de la Virgen María madre y Señora Nuestra: Que se habrá bien y fielmente en el ejercicio de su oficio y arte de Notaría y que no llevará derechos demasados y a los pobres ninguno».

¡Qué lejos están estas solemnidades, del frío examen de nuestros días!

Los viejos papeles nos llevan a contemplar tiempos pasados, ni mejores ni peores que los presentes, pero que los hombres que los vivían sabían rodear de un cierto prestigio envueltos en el ropaje de la forma. Y el Notariado español que conserva celosamente los principios de confianza y equidad que desde sus comienzos le informaron, dándole una forma característica en el mundo jurídico, hacía bien en realzar ese ropaje exterior, esas solemnidades formidables que imprimen a sus obras un sello personalísimo plasmado en su divisa «Nihil prius fides».

J. M. PAGES GARCIA

UNA ILUSION QUE SE VA

No hay, en la tierra, ningún reloj que ande bien

Es pueril la ilusión del que presume de tener un cronómetro exacto. Las últimas investigaciones de los sabios, los eternos aguijones, han puesto en claro que no hay en la tierra un sólo reloj que ande bien.

La vanidad de los relojeros, la exactitud cronométrica, la precisión matemática en la medición del tiempo; acaban de sufrir un rudo golpe. Y los más sorprendidos han sido los propios astrónomos, que hasta ahora se creían, y los creíamos todos, los amos de las horas. De sus últimas investigaciones se infiere que estaban en un error y que su reloj, como el nuestro, señalaba una hora que no era.

¿Cómo ha ocurrido esto? Veamos como lo explica Charles Nordmann, el más leído de los divulgadores actuales de la ciencia astronómica.

Sabido es que los péndulos más precisos de los mejores observatorios no tenían por función dar la hora sino conservarla. Podría llamárselos «guarda horas». El instrumento que en realidad determina la hora es el anteojo, que permite conocer, en un punto determinado el tiempo transcurrido entre dos pasos superiores del sol o de una estrella por encima de dicho punto. Es este tiempo el que define las veinticuatro horas (siderales en el caso de las estrellas, solares, en el del sol) y permite rectificar la marcha de los relojes. Si venimos cada día pasar las mismas estrellas y el sol, es porque la tierra da vueltas. Es, pues, la propia tierra, al girar sobre sí misma, el único péndulo verdadero...

Pero desde hace unos tres siglos, se ha venido notando en el movimiento aparente de la luna, ciertas irregularidades que los astrónomos no acertaban a explicarse. Tan pronto se observa que avanzaba, como que llegaba a la cota, con algún retraso sobre la hora que le asignaban los cálculos. Parecía que la ley de la gravedad—la única ley que era tenida por exacta—sufría extrañas alteraciones ocasionadas por la luna.

El astrónomo Ernesto Brown, concibió, súbitamente, una idea tan sencilla como genial. Si la luna nos parece dar vueltas alrededor de la tierra, unas veces con rapidez, otras más lentamente, se debe únicamente a una ilusión engañosa, debida a que nuestro reloj, que creíamos tan exacto, tan pronto atrasa como adelanta.

Debióse a que la duración de la rotación tan pronto se acelera como languidece, el hecho de que nos pareciera ver irregularidades en la marcha de la luna.

Si estas hipótesis eran exactas, debió observarse con otros astros variaciones de movimientos paralelos a las de la luna, y ello en proporción a su velocidad, comparada con la de nuestro satélite. Esto es lo que precisamente se ha comprobado. Mercurio, Venus, Marte, los cometas, tienen, en sus movimientos, alteraciones, referentes al cálculo, parecidas a las de la luna.

La causa es, pues, ya conocida. La rotación de la tierra, que era considerada como el símbolo de la constancia y de la regularidad, resultaba ser bastante caprichosa.

Y estas velocidades de nuestro planeta no son para despreciarlas, ya que desde 1790 a 1860, por ejemplo, han motivado un retraso de cerca de un minuto. Que es mucho más de lo que nos parece a los profanos.

La tierra, que creíamos tan formal y metódica, tiene, por lo visto, costumbres irregulares. Otra ilusión, que se desvanece. Como se desvanecen la de aquellos que creían ingenuamente, tener un reloj exacto...

El índice y el corazón de la mano

derecha de Collins entreabrían en la penumbra de ancho bolsillo de gabán las tapas de una cartera mientras el pulgar tanteaba un fajo de billetes de Banco que la codicia de Collins había visto poco antes doblarse en manos de su poseedor al pagar éste el anfitrío del coche comedor. El fajo siguió dócilmente a los dedos de Collins, cuya mano lo puso a buen resguardo en su faltriquera mientras se excusaba con el bajo y colorado pasajero por el choque producido por la congestión de pasajeros que requerían sus maletas a la proximidad de la estación de Nueva York. El tren se deslizaba bajo el río Hudson por el ancho túnel. Los negros del Pullman sacudían más que cepillaban la ropa y los sombreros de los pasajeros con sus escobetas de palma, sonriendo estúpidamente tras la problemática propina. La estación enorme se abría, por decirlo así, a la llegada del tren del Oeste. Altas fachadas de mármol formaban como anfiteatro inmenso al paso de aquel monstruo que surgía del agua, de las propias entrañas de la tierra, mientras otros trenes llegaban por diferentes planos inclinados al mismo punto, de otras partes, de todas.

Rótulos iluminados indicaban los rieles de cada línea; faroles cuadrados sobre columnas corintias de bronce y fulgente mármol indicaban a cada minuto los trenes que arribaban y los que salían; y cada vez que uno de esos faroles cambiaba su anuncio, como un reloj marca los segundos, las puertas enverjadas de los andenes se abrían o cerraban para dar paso a los pasajeros que venían o dejaban la estación, sin igual en capacidad y grandeza, por la que cada día entraban o salían más de trescientos mil pasajeros.

Collins, que había, pasado a otro

coche y bajado el primero del convoy en marcha, giraba sus órbitas ágiles, escudriñando los andenes, en donde sólo a la policía era permitida la estancia. El público aguardaba a los pasajeros o el turno para su tren en el anfitrío que tras maciza reja se extendía hasta perderse de vista entre robustas y labradas columnas que sostenían la mole imponente de aquella fábrica atrevida y en donde grandes bocinas anunciaban a la multitud, cada minuto, la llegada o la salida de los trenes. La figura de Collins era familiar a los sabuesos neoyorkinos. Su retrato formaba parte de la Galería de Ciudadanos Ilustres... en la carrera del delito: su rostro ofrecía rasgos que para un buen detective equivalían a una tarjeta de visita. Mas, Collins, a quien la temperatura bajo cero obligara a levantar el cuello de su gabán y sumergir su barba en la bufanda que le cubría boca y nariz, esperaba, a través de aquella línea peligrosa de sabuesos, mezclado con la masa de pasajeros que iba a precipitarse por la puerta abierta, cuando una mano enguantada, pero ancha y vigorosa como una garra, se posó en su hombro mientras otra le bajaba la bufanda y le descubría por completo el rostro.

—¿Qué tal Collins?

Collins se maravilló de haber caído en manos de Raynold, a quien no había visto y de quien más temía, por haberle echado el guante dos veces en tres meses.

—Tápate, Collins, que puedes constiparte; mientras yo te llevo a donde no tendrás frío. Vamos a dar un paseo en automóvil. Y abriendo con su llave la caja de alarma que en un ángulo del andén se incrustaba en el mármol, pidió por teléfono el «Police Patrol», coche-automóvil para el

transporte de detenidos, —¿Tan mal te trataban en New-

port?... ¡Desagradecido!

De Newport acababa de evadirse Collins. Condenado a ocho años de cadena por robo en asalto, Collins no había sufrido sino dos meses de presidio. Hacíanse en Newport los preparativos para celebrar la Nochebuena y con ellos volvió a Collins la consciencia de que tenía en una hija de seis años en Nueva York, sin madre, en manos de sus abuelos maternos. Y un amor desmedido, insólito por aquella hija, una pasión fáctica de criminal, como de león por sus cachorros, se generó de súbito en aquella alma encenagada. Del fondo de aquel lodazal humano, lo más negro de la escoria, brotó una luz de amor, un ansia de cariño, que enloqueció a Collins. Quería ver a su hijal y en dos días, su mente ágil concibió un plan de evasión que mereció la aprobación de dos compañeros de cadena, y tres días antes de Nochebuena volaban libres por las llanuras de Newport.

Collins no era precisamente carté-rista. Habíase especializado en robos «de cálculos». Sólo incidentalmente atacaba carteras a tiro ciego. En Nueva York infundía mucho respeto entre la «aristocracia» de su clase por su inteligencia y audacia, pero solía obrar solo. Por excepción, cuando proyectaba algún robo complicado en que era precisa la «colaboración», compartía con otros los azares de su vida agitada, pero sin conservar vínculo alguno con el hampa neoyorkina. En aquellos días agitados a la policía de Nueva York la presencia de un asesino que tenía alarmada la gran ciudad. Dos robos con asesinato, en tres días, reclamaron la atención de la Prensa y pusieron en movimiento a la policía, que no lo

La Muñeca

por JOSE BRANYAS

graba dar con Campbell. Raynold habia asegurado al jefe del Servicio...



Raynold? —¿Conoces tú a Campbell? —Si...

—Pero yo no sé dónde está Campbell. —Pero lo averigüas. Mañana...

Collins atravesó toda la ciudad a pie, hasta River Side, en donde em...

Collins atravesó la sala sin mirar a nadie, se acercó al mostrador, tomó un sandwich...

arrojo de la acera embaldosada. Las casas, solas y aisladas, humildes en...

—¿Qué quieres? ¿A qué vienes aquí? —¿Dónde está María? —No la verás. Marchate...

—Pues a ver si mandas que me den algo que comer mientras te aguardo...

—Aquí, dentro de una hora. —Pues a ver si mandas que me den algo que comer...

En el «Hudson Bar» se bailaba y se bebía. Collins empujó con el hom...

Collins atravesó la sala sin mirar a nadie, se acercó al mostrador...

Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...

Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...

neamente tres resortes que coincidían con tres adornos del papel tapiz de...

—Bravo, chico! —dijo uno—. ¡Este es Collins, y esos son arrestos! Ya nos...

—Sí... ¿Hay algo? —Caes que ni del cielo. Campbell necesita de un hombre...

—Aquí, dentro de una hora. —Pues a ver si mandas que me den algo...

—Se trata, chico, de un golpe que no bajará de cuatro a cinco mil do...

—Tal vez mi madre le amaba apasionadamente; acaso, sí. Pero al no hallar...

—Pero ahora se refugiaba en el amor a los hijos. Eramos dos; mi hermano Alberto...

—Mi hermano, sí. A veces no aparecía por casa en varios días...

—Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...

Lección de honor

—Mi madre —comenzó diciendo a sus compañeros el doctor Arésti...

—¡Hijo mío, hijo mío: vas a caer enfermo! —Luego me acordaba amorosamente...

—¿Tú no serás así, verdad?... Tú no serás así... comprendía sus lágrimas...

—Yo, que nunca jamás, les oí disputar, que siempre los veía unidos por una...

—Tal vez mi madre le amaba apasionadamente; acaso, sí. Pero al no hallar...

—Pero ahora se refugiaba en el amor a los hijos. Eramos dos; mi hermano Alberto...

—Mi hermano, sí. A veces no aparecía por casa en varios días...

—Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...

—Mi madre —comenzó diciendo a sus compañeros el doctor Arésti...

—¡Hijo mío, hijo mío: vas a caer enfermo! —Luego me acordaba amorosamente...

—¿Tú no serás así, verdad?... Tú no serás así... comprendía sus lágrimas...

—Yo, que nunca jamás, les oí disputar, que siempre los veía unidos por una...

—Tal vez mi madre le amaba apasionadamente; acaso, sí. Pero al no hallar...

—Pero ahora se refugiaba en el amor a los hijos. Eramos dos; mi hermano Alberto...

—Mi hermano, sí. A veces no aparecía por casa en varios días...

—Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...

Y le detuvo el brazo. La escena que siguió se para convida. Mamá lloraba abundante...

—¿Tú no serás así, verdad?... Tú no serás así... comprendía sus lágrimas...

—Yo, que nunca jamás, les oí disputar, que siempre los veía unidos por una...

—Tal vez mi madre le amaba apasionadamente; acaso, sí. Pero al no hallar...

—Pero ahora se refugiaba en el amor a los hijos. Eramos dos; mi hermano Alberto...

—Mi hermano, sí. A veces no aparecía por casa en varios días...

—Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...

—Y empujando una puerta entró Collins en un corredor que conducía al...



LOS NIÑOS Y LAS MOSCAS

Hace unos días estuve de visita en el domicilio de un amigo mío, el cual tiene tres hijos: Pepito, de nueve años; Julito, de siete y Antonio, de cinco. Son tres preciosos criaturas muy inteligentes y, según su padre, buenas hasta dejarlo de sobra. Os respondo de las primeras afirmaciones, pero en cuanto a la última, a las de ser buenos, ya no pongo nada de mi parte y es más, si me apuráis mucho, diré que a mí no me parecieran tan buenos como su padre dice. Os lo voy a demostrar enseguida.

Cuando llegué a casa de mi amigo, se hallaba éste jugando con los pequeños en una de las habitaciones. A este entretenimiento dedica mi amigo cuantas horas le dejan libre sus ocupaciones, pues he de advertiros que los niños tienen la horrible desgracia de haberse quedado sin madre hace ya tres años. Mi entrada interrumpió el juego y los niños se retiraron hacia el balcón mientras nosotros charlábamos aparte.

Nuestra conversación versó sobre diversos asuntos. Yo, mientras charlábamos, no dejaba de mirar lo que hacían los niños. Vi como el mayorcito se entretenía en cortar con unas tijeras unos pequeños trocitos de papel, que según decía, eran carritos. ¿Para qué querrá esos carritos tan pequeños?, pensaba yo.

Poco tardé en saberlo. Ante mi asombro vi cómo los tres chicos se pusieron con gran entusiasmo a cazar moscas. Verdaderamente tenían para ello una habilidad nada común, habilidad que desde luego, me hizo suponer era el natural producto de una dilatada práctica. Una vez los animales en poder de aquellos criaturas, observé que los sometían a una cruel operación para engancharlos a los carritos de papel, y luego se divertían en ver como arrastraban aquellos carritos sobre una superficie lisa.

No pude callarme y mucho más conociendo como conozco la manera de pensar de mi amigo.

—Te fijas — le pregunté — en lo que hacen tus chicos?

Los niños al oírme se pusieron muy serios y dejaron su juego. Algunas moscas continuaron tirando de sus carritos. Mi amigo miró sorprendido aquel entretenimiento de sus hijos y en su cara se reflejó bien claramente el disgusto que le producía.

Vino la consiguiente reprimenda del padre, ayudado por mí y tratamos de convencer a los niños de que aquello no debía hacerse, pues las moscas sufren lo mismo que los demás animales sus dolores corporales.

—Pues entonces, papá — respondió el niño mayorcito — ¿por qué nos has dicho tú siempre que la mosca es un animal muy perjudicial para las personas y que se deben destruir?

En parte tenía razón Pepito. Las moscas deben destruirse por ser portadoras de infinidad de enfermedades y microbios perjudiciales para la salud; pero una cosa es destruirlas y otra es martirizarlas.

La ilusión de fumar

Ciertos niños creen hacerse los hombres fumando a escondidas de sus padres; si supieran qué mal les hace no tratarían de adquirir un vicio tan dañino y costoso. La experiencia siguió nte demostrará que "el placer de fumar" no es tan grande como parece.

Elijamos entre los asistentes un fumador de los más aficionados; tome dos cigarrillos que él humedecerá con sus labios; encienda luego el primero y ruego al fumador que cierre bien los ojos, o mejor será que se los venda con un pañuelo. Acérquese entonces a él con un cigarrillo en cada mano y hágale fumar los dos alternativamente. Después de unas cuantas aspiraciones varíe el orden de los cigarrillos y verá que el fumador no sabrá distinguir el encendido del apagado.



—Esto que he terminado, es un reloj de péndulo.

—Pero, ¿y la péndula?

—Esa no la he podido pintar, porque no se estaba quietita.

Diez cosas excelentes

- Primera: Hacer el bien que se pueda a todos.
 - Segunda: No hablar mal de nadie.
 - Tercera: Reflexionar antes de tomar cualquier resolución.
 - Cuarta: Callar cuanto uno se siente irritado.
 - Quinta: No rehusar hacer un favor cuando lueamente se pueda.
 - Sexta: Socorrer a los desgraciados.
 - Séptima: Confesar ingenuamente los propios errores cuando se conocen.
 - Octava: Tener paciencia con todos.
 - Novena: Evitar o huir de las disputas.
 - Décima: No creer fácilmente lo que cuentan los murmuradores.
- Estas diez cosas o consejos se llaman con razón excelentes, porque nadie jamás se tuvo que arrepentir de haberlos seguidos.

CUANDO UNO CAMINA DENTRO DE UN TREN EN MARCHA, ¿ANDA MAS LIGERO QUE EL TREN?

Para contestar a esta pregunta es necesario saber en qué dirección se camina. Si marcha en la misma dirección que sigue el tren, la respuesta será sí; pero si se camina en la parte delantera del tren hacia la trasera, uno adelanta menos que el tren. Sobre esta cuestión no puede haber duda alguna, pues se puede demostrar con la evidencia. Supongamos que dos personas suban al último vagón de un tren en el momento en que éste se ponga en marcha y que una de ellas camine hasta instalarse en el primer vagón. Cuando el tren se detenga, esta última bajará al andén mucho más adelante que la otra: esto prueba, indiscutiblemente, que ha viajado durante un espacio de tiempo más ligero que la otra persona y más ligero que los otros vagones que quedaron detrás de ella.

Para los niños amigos de las discusiones, podemos agregar que, si el tren marcha en la misma dirección que la Tierra en el espacio, ha adelantado más que esta última, y si usted camina desde el último vagón hasta los delanteros, habrá andado más ligero que el tren y que la Tierra en el espacio. Y si durante ese tiempo una mosca camina por su mejilla y salta hasta la punta de su nariz, habrá caminado más ligero que usted, que el tren y que la Tierra.

¿QUE SUCEDE SI EL SOL Y LA LUNA EJERCEN SU PODER DE ATRACCION SOBRE LA TIERRA AL MISMO TIEMPO?

La prueba evidente del movimiento de la Luna alrededor de la Tierra es que ésta se levanta todos los días a horas diferentes y como consecuencia de ello varía la marea. Como en el espacio de un mes la Luna gira alrededor de la Tierra, llega forzosamente el momento en que ella se encuentra del mismo lado de la Tierra que el Sol y otro momento en que los se encuentran en lados opuestos.

Cuando el Sol y la Luna ejercen su poder de atracción del mismo lado de la Tierra, los dos se ayudan mutuamente, y, naturalmente, en esos días las mareas son muy altas o muy bajas a las horas del flujo y del reflujo. En otra época del mes, cuando el Sol y la Luna se encuentran en lados opuestos a la Tierra, su atracción se produce en sentido contrario una de la otra. En este caso la Luna sale vencedora de esta especie de lucha, pero debe contentarse ejerciendo una atracción mucho menos energética, porque el Sol ejerce su atracción ahora en sentido contrario a la suya. En otros días intermedios las mareas no serán ni muy fuertes ni muy débiles. Observe la marea durante un mes en cualquier parte donde se encuentre y se dará cuenta fácilmente de sus cambios.

jará amordazar y amarrar dócilmente para él, dos para mí y la otra para tí. ¿Conviene?

—De perlas, Thilman. ¿Dónde es, de aquí a las siete y media. En cuanto hayan marchado el muchacho apagará todas las luces, dejando prendida tan sólo la de la ventana del centro: es la señal. ¿Qué te parece?

—Sencilísimo; y... ¿crees que ascenderá a cuatro mil dólares?

—Es el cálculo del muchacho.

Campbell y Collins salieron juntos del garito de Thilman para probar unos whiskies en la taberna del cojo Coeb, cerca de Battery. Después se separaron, renovando la cita para el día siguiente.

Estaba muy fría aquella noche. Collins se subió el cuello de la americana y metió las manos en los bolsillos del pantalón, y echó a andar. Andaba y anda, a lo largo de Broadway y luego otra vez hacia River Side, atraído por aquella cabecita rubia que no le dejaban besar... isiendo suya! ¡Mal-dito viejo!

Se detuvo en la esquina próxima a la casa de su suegro. Las ventanas estaban cerradas. Sólo una ventana veía iluminada, desde la calle. Collins se acercó. Saltó la verja de madera, se deslizó silencioso sobre el césped que bordeaba la casita hasta llegar ante la ventana que daba paso a la luz. Semicubría una enredadera mustia al frío del invierno. Collins se agazapó, aguzando el oído. Sólo la voz del viejo se oía en aquel silencio, monótona, cascada, intermitente. Collins escuchaba. De pronto hirió sus oídos una risa de cristal. Marifita le había cortado una pata a un oso de trapo y se la mostaba al abuelo. Collins alzó poco a poco la cabeza, con cautela, temeroso de que el rayo de luz le descubriera, pero, por fortuna suya, estaba el abuelo de espaldas a la ventana, de cara a la estufa, y tenía en sus rodillas a la bulliciosa pequeñuela.

Aquella era su Marifita, su hija. ¡Qué ojos más azules los suyos! Collins la contemplaba con la boca entreabierta, suspenso el aliento, embobado. Marfa agitaba la pata de oso del trapo y se empuñaba en frotarla por la cara del abuelo, y el viejo se resistía, y ella gorgjeaba con triunfo y movía inquieta sus manecitas; y Collins se enderezaba insensiblemente y se acercaba al cristal atraído por aquel encanto, ávido, deteniéndose con la mano la ansiedad de su pecho, temeroso de que el anciano percibiera a través del cristal los latidos de su corazón.

¡Un ladrón, abuelo! — gritó María

señalando con espanto la ventana, y se abrazó al viejo, como en un escudo. Había visto el rostro de su padre. De un ladrón. Y mientras el viejo se levantaba y corría el pestillo de la ventana y se asomaba por ella, Collins había salvado en dos saltos el patio, saltado la verja y doblado la esquina—. ¡Un ladrón! — se repitió; como si quisiera grabar en su mente el eco de aquella voz argentina.

Regresó Collins al Hudson Bar, en donde se acostó. ¡Un ladrón! Aquel grito resonaba aún en su cerebro y lo alejaba. Se iría. Burlaría a Raynold, daría el golpe con Campbell, y con sus mil dollars iría a Chicago, campo magnífico para operar en grande escala, y en donde no era conocido. ¡Podría, Raynold, esperar a las 6! ¡Imbecil! ¡Traiciones a un compañero! ¡Qué estúpida la policía! Pero de nuevo se le apareció la imagen sonriente de Marifita, de aquella hija que le había hecho doblar los barrotes de su celda y arriesgar su vida en la evasión; de aquella niña que agitando con su manecita la pata cortada del oso de trapo. ¡Y aquel viejo le robaba todas sus caricias!

Se durmió. Su sueño fué pródigo en sobresaltos y pesadillas que se alteraban con horas plácidas de sueño dulce, en las cuales la carita sonriente de María le llamaba y jugaba con sus cabellos, con su corbata, y le daba unos besitos que a penas rozaban su rostro, como hace la brisa. Después de este sueño tan dulce durmió tranquilo, con una sonrisa de bondad que aún estaba impresa en su rostro cuando le despertó el primer beso de sol.

Le pidió prestada una peseta al cantinero. Collins tenía una idea. Se fué en derecha a uno de los grandes bazares de Broadway, en donde la multitud se congestionaba en aquel día de Nochebuena. Sólo juguetes se vendían. Todos los departamentos habían cambiado su existencia. ¡Juguetes! ¡Nada más que juguetes! ¡Qué maravillas de arte, de mecánica, de buen gusto! Collins se detuvo ante una muñeca expuesta en un mostrador central rodeado de rojo cordón que impedía a los pequeños acercarse demasiado. Era una reina, con su corona de pedrería, con su manto de armiño y vestido de raso labrado. Movía lentamente, con majestad, la cabeza y las manos, y abría y cerraba los ojos. Después daba dos vueltas con mucha lentitud y rigidez, arrastrando la cola riquísima de su vestido sobre una alfombra afelpada. ¡Ah, si hubiera podido robarla! ¡Y miraba inquietamente a todos lados, como en busca de una probabilidad de éxito

Después se fué a otra sección: muñecas para los pobres, de 10, de 15, de 25, de 50 centavos. Collins com-

pró una de 25 centavos, con el cuerpo relleno de serrán y cabecita de porcelana con cabellos rubios, que abría y cerraba los ojos... Y con ella se fué a la casa de su suegro. ¡Viejo maldito! Y, sin embargo, Collins le veneraba. Le tenía más respeto a aquellos cabellos blancos que a todo el cuerpo de policía junto, y a todos los jueces y a todos los alcaldes. Llamó.

—Te he dicho que no quiero verte — le dijo el anciano entrecabriendo la puerta, antes que Collins abriera la boca para hablar. — Vas a hacer que llame a la policía.

—Bueno, no volveré; pero... esta noche... ¿no podría usted poner esta muñeca en la media de María? Dígame que su padre ha escrito a Santa Claus para que se la traiga... y no volveré. Le juro que no volveré.

No. Esta muñeca robada le quemaría las manos. Si algún día ganas el pan con tu trabajo honrado, vendrás sentártela en tus rodillas y tendrás juguetes, como todos los niños; pero mientras no estés en paz con la justicia, no vuelvas por acá, Collins, porque llamo a la policía. Y cerró la puerta de un golpe. Tambalearse Collins, como si aquellas palabras del anciano le hubiesen enloquecido de dolor. Todos los golpes que recibiera en su vida agitada no equivalían al que le asestara el viejo. ¡No ver a su Marifita! Y aquella hijita era todo su mundo. Se la imaginaba con los cabellos rubios ocultándole casi los ojos azules, engrandados, jugando a rastras, llamándolo; o bien con la cara tiznada de chocolate en una mañana, sonriente a un año. Y con el dorso de la mano secó una lágrima. Y como si aquella lágrima le hubiese descubierto un secreto nuevo dentro de aquel su ser miserable; como si aquella lágrima le hubiese rasgado una venda que por largo tiempo ocultara a sus ojos las cosas reales de la vida y las viera entonces de verdad, en su real forma y esencia, Collins, iluminado por una resolución súbita y a la vez irrevocable como un algo definitivo, es decir, muy grande, se dirigió a la Estación de Policía y pidió audiencia con el inspector Raynold.

—¡Vaya — díjole al verle — eres más dócil de lo que te suponía! ¿Le tienes?

—Sí; pero antes quiero hablar con usted de otro asunto.

—Acaba pronto. ¿Qué es?

—Pues que no quiero regresar a Newport; que tengo una hija, que quiero ser un hombre honrado; que si usted me promete ayudarme le entrego a Campbell y le juro no apeteer otro fruto que el de mi trabajo.

—Pero, ¿me entregas a Campbell?

—Sí; para siempre. ¿Cuento con su palabra?

—Te prometo que nadie te molestará si dejas la carrera del crimen; te prometo ayudarte para que ganes tu



pan en un trabajo honrado... pero dime... ¿A qué hora doy con Campbell? Hoy, a las ocho, en la calle 60, número 321. Los tenderos Harrison saldrán a esa hora, y mientras Campbell entra yo aguarde ante la puerta. El mancebo que queda de noche en la tienda está vendido a Campbell. Eso es todo. Lo demás es de su cuenta. Pero... ¿me promete usted?...

Y mientras Collins se retiraba lentamente, Raymond volaba a la casa de los tenderos Harrison. Les enteraba de sus proyectos, les pedía la casa para aquella noche y preparaba la emboscada para las ocho.

Collins dio varias vueltas ante la casa de su suegro. Marifita no salió ni una sola vez. Hacía mucho frío aquel día de Nochebuena y el anciano atisbaba a Collins tras los postigos de la ventana. El desventurado se dirigió entonces hacia el «Hudson Barr» para consumar su traición. Campbell le aguardaba. Ultimaron los detalles. En lugar de entrar por la tienda, cuya puerta al abrirse a deshora podría llamar la atención, de los transeúntes o de los vecinos, entraría por la pequeña puerta que daba acceso a las habitaciones altas, puerta que forzara con una llave falsa. En el primer rellano aguardaría el cómplice y le acompañaría. No se necesitaba más.

trádsimo. Respondía a las preguntas de Campbell sin coherencia, desorientado. Hallábase en esa crisis algida en que el hombre trata de detenerse en el borde de un abismo y este le atrae.

¿Con qué derecho traicionaba a Campbell, a su compañero? No, nunca, no lo haría, pero...

Collins había observado en Collins lo que él tomaba por ese temor de los novatos que precede al golpe, pero Collins no era ningún quinto, y no se sale de Newport sin haberse fiado a hincapiés con lo más florido y bregado de la baja hampa neoyorquina. ¿Qué le pasaba, pues, a Collins?

Tal reflexión se hacía Campbell mientras aguardaba la señal del mancebo; la luz encendida en la ventana del centro, pero Raymond lo había puesto a buen recaudo desde que a las siete entrara con un agente para recibir «ligamientos» a Campbell a las ocho, y el cómplice, que evitaba la entrada a Campbell se salvaba, se cuidó muy mucho de decirle que una luz encendida significaba entrada franca. La casa, pues, estaba completamente a oscuras y al parecer deshabitada. Campbell entonces, miró a Collins cara a cara, y leyó en sus ojos extraviados la traición. Sacó de su bolsillo la llave falsa y se la dio.

—Toma—le dijo, mientras su derecha empuñaba la culata del revólver, dentro el bolsillo del gabán—abre mientras yo vigilo la calle; entra y me aguardas.

Pero Collins permanecía quieto, como si no hubiese oído las palabras de Campbell. Un ansia le subía hasta la garganta, en donde se detenía, anudándola; y Campbell entonces, sujetándole el pecho le dijo con un rechinar de dientes que traducía toda su rabia:

—¡O entras... o te rompo!

Collins, maquinalmente, tomó la llave, introdujo en el ojo de la cerradura, abrió la puerta, sonaron dos disparos y cayó.

Cuando el cadáver de Collins fue conducido a la Morgue, la policía procedió a su registro, admirándose de no hallar en él arma alguna, pero, en cambio, en el bolsillo interior de la americana halló un bulto envuelto cuidadosamente en un papel; era una muñeca con el cuerpo relleno de serrán y cabezita de porcelana con caballos rubios, que abría y cerraba los ojos...

FIN

En el próximo extraordinario

IDILIO SENTIMENTAL

NOVELA CORTA

por

DOMINGO DE FUENMAYOR

PAGINAS INFANTILES

El sombrero y las monedas

Un juego de manos que cualquiera puede hacer aún con muy poca práctica, es el del sombrero y las monedas. Se empieza por pedir a uno de los presentes un sombrero, y colócarlo sobre una silla con la copa hacia abajo, después de lo cual se pedirá a unas cuantas personas que vayan echando cada una un pequeño gorro dentro del sombrero. Tómese y sacídase éste como para mezclar el dinero, y pídale que cualquiera del auditorio coja la moneda que le parezca y haga en ella una marca que le permita reconocerla en un momento dado.

Cuando alguien ha cogido la moneda, se pide que después de marcarla la haga pasar de mano en mano, a fin de que todos puedan examinarla, y al llegar al último, se le ruega que la eche de nuevo en el sombrero. Entre tanto, el que hace el juego estará vuelto de espaldas con el fin de que se vea que no pretende descubrir la forma en que se hace la marca.

Apenas puesta de nuevo la moneda en el sombrero, se recoge éste y se hace como que se cuentan las monedas, hasta llegar a una que estará todavía caliente por el contacto de tantas manos. El jugador coge esta moneda procurando que nadie lo vea, y al dejar de nuevo el sombrero sobre la silla pone el perro gordo debajo de la copa. Las monedas que ha cogido las coloca en un plato y anuncia que va a echarlas de nuevo en el sombrero y que la moneda marcada pasará a través de éste hasta colocarse debajo. En efecto, no bien ha cabalístico, ruega a uno de los presentes que vacíe el plato y hecho unos cuantos signos levante el sombrero y debajo de él aparecerá la moneda en cuestión.

Este juego es mucho más fácil en verano.

No hay nada nuevo en el mundo

Cuando se habla de la historia de los deportes, es costumbre remontarse a los tiempos clásicos, a los días de los juegos olímpicos, y de ellos se pasa de un salto a la época actual, en que Inglaterra, ha invadido el mundo entero con sus ejercicios de fuerza y de destreza. Diríase que en un lapso de más de veinte siglos, fuera del guetarrero no conocida el mundo más ejercido que la barra o los botos. Y sin embargo, todos o casi todos los juegos hoy tan en moda entre nosotros, eran ya conocidos de nuestros antepasados, que si levantaban la cabeza quedarían, indudablemente, muy asombrados al vernos consolar como una novedad sus pasatiempos predilectos y bazarlos con nombres extranjeros.

Ahí está, sin ir más lejos, el «tenis». El juego inglés tan de moda ahora entre nuestros elegantes de ambos sexos, no es ni más ni menos que una variante del juego de pelota a gata o con raqueta, que hacía furor en todos los países latinos en los siglos XV a XVIII. En Francia, este juego todavía estaba en auge al finalizar el siglo XVIII. ¿Quién no recuerda el famoso «juramento del juego de pelota»? Entre nosotros, vino a ser lo que se llamaba «el trinquete», cuya principal diferencia con el «tenis» estaba en que mientras este se juega al aire libre, aquel se jugaba bajo techo.

Otro tanto puede decirse del «football» o balompié. Un antiguo grabado italiano nos muestra que en pleno siglo XVI ya se practicaba en Italia este juego, con el nombre de «pallone», y hasta tenemos datos muy completos sobre él. Los primeros balones, o «palloni», eran sencillamente una vejiga inflada por medio de una jeringa; más tarde, para



—¡Toma, por estar haciendo el tonto, imitando a tu maestro!

protegerla contra los choques, se ideó el recubrimiento de una envoltura de cuero cerrada con un cordellito de cáñamo. Una ilustración francesa de aquella misma época tenía como divisa un balón con la leyenda: «Battue, je rebondis».



—Niña, eres inoportable y muy fea!
—Pues todos dicen que soy tu vivo retrato, mamá!

Uno de los juegos más populares hasta hace cosa de cinco cincuenta años, era el del malle. Con alguna mayor complicación y con el nombre británico de «croquet», el mismo juego es hoy practicado por nuestra juventud en las playas veraniegas; pero es difícil que así modificado vuelva a gozar de tanto favor como en otros tiempos se le dispensa.

Pero, ¿qué más? Hasta los mismos deportes de invierno con sus tres elementos fundamentales, el ski, el patín y el trineo, tienen profundas raíces en el pasado. Ello es, después de todo, muy natural, pues en sus orígenes todas estas diversiones no fueron sino una necesidad, una exigencia de la lucha por la vida. Los pueblos boreales tuvieron que idear medios para perseguir a las fieras que corrían sobre espesas capas de nieve, tuvieron que buscar la manera de no quedar inmovilizados durante el invierno, y lo que para ellos fue una consecuencia lógica de las circunstancias, por efecto de una lenta evolución se convirtió para los demás en un pasatiempo. Por pasatiempo nada más se patinaba en Verona a mediados del siglo XVI, según nos amuestra un grabado que se atribuye al artista italiano Fernando Bertoli.

El barco trineo y trineo de vela que muchos creen invención yanqui era ya conocido en Holanda a principios del siglo XVII, mucho antes que el mundo pudiera soñar en la fundación de los Estados Unidos. Un cuadro del artista flamenco Nicolás Fischer, que data de 1621, representa este género de deporte.

«Para el «golf» y más aún el «golf» sobre el hielo goza de una respetable antigüedad. Esto queda probado por una estampa de fines del siglo XVIII, firmada por el célebre pintor Roman de Höfke.

El «hockey» es viejo entre los árabes. Aun los juegos de los niños tienen un origen remotísimo y son a la vez muy antiguos, interesantes.